

MEDIOS DE COMUNICACIÓN Y CONTRACULTURA JUVENIL

Félix Rodríguez González

Universidad de Alicante

frodriguez A ua es

Resumen

El artículo tiene un doble objetivo. Por un lado, pasar revista a los medios de comunicación de mayor importancia en la transmisión de valores contraculturales entre la juventud española (entre ellos la radio, televisión, prensa marginal y el internet), especialmente en el último cuarto del siglo XX. Y por otro, examinar los principales recursos expresivos que conforman el “antilenguaje” que refleja los valores de los jóvenes, en especial el de aquellas subculturas que más han sobresalido en su oposición a la sociedad convencional; estos mecanismos lingüísticos son descritos mnemotécnicamente como “las 4 C’s” (o Cambios): cambio de significante (por truncamiento, sufijación parasítica, deformación y sustitución, ortografía hipercaracterizada), cambio de significado (por metonimia, metáfora y antífrasis), cambio de código (por préstamo de términos procedentes de sociolectos marginales, y de lenguas de prestigio como el inglés) y cambio de registro (por cambio del eufemismo al disfemismo).

Palabras clave

Lexicografía española, sociolingüística, lenguaje juvenil, argot, medios de comunicación, contracultura

Abstract

The aim of the article is twofold. First, to review those mass media which have had a major role in transmitting countercultural values among the Spanish youth –namely, radio, TV, the underground press and the Internet-, especially in the last quarter of the 20th century. And second, to examine the main expressive devices which convey the “anti-language” reflecting the values of the youth population, especially of those subcultures which have stood out most clearly in their opposition to conventional society; these linguistic mechanisms are mnemotechnically described as “the 4 C’s” (or Changes): Change of signifier (by clipping, parasitic suffixation, deformation and substitution, and hypercharacterized spelling), Change of meaning (by way of metonym, metaphor, and antiphrasis), Change of code (by borrowing terms from marginal sociolects and from prestigious languages like English), and Change of register (by switching from euphemism to dysphemism)

Key words

Spanish lexicography, sociolinguistics, youth language, slang, mass media, counter-culture

Juventud y contracultura

Hablar en unas jornadas¹ sobre temas relacionados con la juventud de *contracultura* tiene pleno sentido, dada la implantación que tuvo entre los jóvenes este movimiento social como un rechazo a los valores sociales y modos de vida establecidos. Y hablar de medios de comunicación también, porque sin duda fueron los media los que contribuyeron a dar una proyección casi universal a este movimiento.

¹ Publicado en *Públicos, instituciones y problemas en la comunicación del nuevo milenio*, J. Benavides y N. Villagra (coord.), Madrid 2003, Fundación General de la Universidad Complutense, 995-1017.

En ambos casos, para entender mejor su desarrollo, tenemos que empezar refiriéndonos a una época, los felices sesenta. Uno de los cambios más llamativos ocurridos después de la Segunda Guerra Mundial, sobre todo a partir de esa década, fue el aumento de la población juvenil junto a un intenso desarrollo económico, técnico y social que trajo consigo también importantes cambios culturales. Desde entonces estamos inmersos en una nueva revolución tecnológica, la llamada “tercera revolución industrial” o “revolución de la información”, los cambios, técnicos o sociales, son cada vez más rápidos. Vivimos en la sociedad de lo efímero de que habla Alvin Toffler y en ese contexto son los jóvenes los que se encuentran en mejor disposición para adaptarse ante todo lo nuevo que llega. Siguiendo a la antropóloga Margaret Mead se puede decir que hemos pasado de una cultura “postfigurativa”, regida por esquemas tradicionales del pasado y donde los cambios eran muy lentos, a otra de orientación “pre-figurativa”, guiada por la intuición del futuro, y es en esta etapa cuando los adultos han comenzado a aprender de los jóvenes.

Mermados en poder e influencia, los adultos han ido perdiendo el principio de autoridad y otros valores que sustentaban el viejo orden tradicional. Se produce un fuerte rechazo del pasado y adquiere valor todo lo nuevo, todo lo que suena a moderno, a vanguardia. Si hubo un tiempo en que la gente miraba a sus mayores como modelo a seguir en su forma de vida, sus modales, su lenguaje, a partir de ahora el mimetismo cambia de dirección y son los mayores los que imitan y pretenden parecerse a los jóvenes. Lo joven adquiere así un valor inusitado del que nadie quiere desprenderse, reforzado aún más por unos medios de comunicación que hacen de espejo de la sociedad y nos devuelven nuestras propias imágenes.

Lo más destacado y característico de los jóvenes de los sesenta fue la revolución que introdujeron en la esfera de las costumbres entre cuyos signos externos figuran la indumentaria extravagante, colorista y descuidada, las melenas, los pósters, los discos y la música estridente, relaciones sexuales, etc.

Con estos y otros ingredientes la juventud pasó a considerarse casi como una nueva clase o estamento social, que tomó conciencia de sí misma y de su poder rompiendo con la atonía de épocas pretéritas. Tal vez el mayor exponente fue la fuerza que en ese momento cobró la contestación estudiantil, como actitud de oposición ante el despotismo de las autoridades sociales y políticas. La génesis del movimiento se asocia a fechas y lugares

hoy míticos -Berkeley (1965 y 1967), París (mayo de 1968)- cuyas revueltas alcanzaron una gran resonancia en todo el mundo, incluido nuestro país, que ya había conocido algunos brotes de protesta contra la dictadura franquista (Madrid 1956, y especialmente 1965; Barcelona 1967). Aunque el movimiento estudiantil poseía unas características propias, en el transcurso de sus reivindicaciones latía la misma filosofía crítica y libertaria del movimiento juvenil. De hecho universitarios eran los que integraron los movimientos más conocidos de la juventud de los años 60 –*hippies* en EE.UU., *provos* en Holanda, etc.

Común a estos y otros grupos radicalizados fue la vivencia voluntaria de un estado de marginación que les separaba de la sociedad y de la cultura adulta, espíritu del que se sintieron imbuidos también muchos otros jóvenes que, aun no participando, se mostraron solidarios, atraídos o, en todo caso, tentados por las nuevas propuestas. Reacios a integrarse en la cultura oficial, por el resquebrajamiento de un orden y unos valores morales en los que no creían, los jóvenes desarrollaron una cultura propia, alternativa, que recibió el nombre de *contracultura*. Esta contracultura emergente se caracterizó formalmente por un énfasis en la música rock, las drogas psicodélicas, las comunas y la filosofía oriental y hermética. Aunque situada en este marco temporal, los sesenta, la contracultura hunde sus raíces en un movimiento antiautoritario, libertario, de larga tradición universal -el *underground*-, inspirado en filosofías irracionales, que no buscan la verdad al modo del racionalismo positivista. La contracultura no deja de ser una verdadera cultura y, en su esencia, más que destruir la cultura oficial como la preposición *contra* -inglés *against*- pudiera sugerir por una desafortunada traducción del inglés *counter-culture*, lo que intenta es corregir sus aspectos nocivos, equilibrándola -*counter*- ‘contrapeso’ (Racionero 1980:10).

El término fue acuñado por el profesor y ensayista norteamericano Theodore Roszack en 1968 en su obra *The Making of a Counter-Culture*, en la que planificaba un futuro en el que grupos libertarios y progresistas proporcionarían una “sociedad alternativa” basándose en una cultura unificada en torno a unos valores opuestos a los convencionales que caracterizaban a la sociedad occidental. Cuando se publicó el libro tuvo una resonancia internacional y enseguida fue traducido a una docena de idiomas, con lo que el término *counterculture* tomó arraigo en el idioma, pero un lustro más tarde el proyecto había perdido fuerza al fragmentarse sin lograr cohesión los movimientos que luchaban contra el establishment.

Al considerar el proceso de comunicación y la filosofía que informa a ambas culturas, conviene tener presente que las acciones de comunicación marginales o alternativas se definen dialécticamente en relación con la cultura legítima. Lo que hoy son acciones alternativas mañana serán legitimadas por la cultura dominante y algunos de sus actores, después de haber sido considerados marginados, pasarán a integrar las filas del pensamiento oficial. No otro es el curso de la historia. Con razón dice Ionesco que “Toda cultura ha sido hecha por los enemigos de la cultura, y toda la historia es un combate contra la Historia, y ahí está su paradoja y verdad”. No otro es el pensamiento de Umbral al afirmar que “tenemos un sentido oficialista de la cultura como adorno. No sabemos, aquí en España, que la cultura es siempre contracultura, cuando se está haciendo”. (*España cañí*, 1975, pág. 48). O el de Ramoncín, “los marginados de ayer son la vanguardia de ahora mismo”.

La cultura underground organiza un sinnúmero de actividades como exposiciones y tertulias, teatros, periódicos, revistas, salas de proyección, etc., con el objeto principal de discutir -y vivir- su filosofía y sentar las bases de una sociedad más vitalizada, una contrasociedad. El movimiento underground aparece por primera vez en Estados Unidos, como señalé antes, precisamente donde con más agudeza se presentaban las contradicciones de la sociedad de consumo, y de ahí pasa a otros países, igualmente desarrollados y consumistas, del mundo anglosajón.

A España llegó con cierto retraso a principios de los años setenta, una década que apareció nuevamente marcada por acontecimientos históricos de amplia repercusión entre la juventud. Por un lado, en la primera mitad, asistimos a los últimos estertores del franquismo, situación que reverdeció el movimiento contestatario estudiantil, proveyéndole de una nueva conciencia política. A partir de 1973 la crisis económica mundial provocó paro, incertidumbre y desencanto entre la juventud, sin duda el sector más castigado. Este desencanto se reforzó con el producido poco después por la transición política, generando un absentismo juvenil y un pasotismo generalizado que prendió de manera especial en la clase social baja de los suburbios de las grandes ciudades. Pero en este movimiento encontraron refugio también jóvenes universitarios, en otro tiempo muy politizados -ácratas y grupos de extrema izquierda- y ahora desconsolados al ver extinguidos los últimos rescoldos del mayo francés con cuya filosofía conectaban. Al mismo tiempo, la amplitud e intensidad de la crisis económica sumió en el pasotismo, por

falta de perspectivas profesionales, a lo que alguien ha llamado “lumpen profesional”. La combinación de todas estas circunstancias explica el especial relieve que adquirió en la sociedad marginal -y fuera de ella- la figura del pasota, como se llamó al que pasaba de todo. A pesar de lo impreciso del término, los pasotas auténticos -tomados en su sentido marginal- contaron con algunos rasgos distintivos, entre ellos el odio al sistema, las drogas, el rechazo al trabajo, el desaliño, la bisexualidad. A menudo los pasotas fueron confundidos con los progres por su indumentaria y parte de su simbología, pero les separaba su fe en el sistema, lo que no estaba reñido con su crítica.

El cuadro de subculturas juveniles no terminó aquí, con progres y pasotas. Bajo el ancho fenómeno social del pasotismo y sus alrededores hay que considerar múltiples grupos o bandas de carácter urbano –tribus urbanas-, modas más o menos pasajeras, a veces poco diferenciadas entre sí, que fueron emergiendo por lo general al amparo de los distintos estilos musicales, como los *rockers* o *rockeros* (en sus distintas versiones: *rockabilly* o *blandos*, *heavy metal*, etc.), *punkis* o *punks*, etc.

De todos ellos los más agresivos -tanto en sus símbolos como en su comportamiento antisocial han sido los *punks* (del inglés *punk* ‘basura, mierda’), una moda juvenil que nació en el año 1976 en los suburbios de Londres y otras capitales inglesas y se introdujo en España en 1978. La estética punk, de carácter feísta y cutre, merece especial atención pues ha tenido notable repercusión en las formas expresivas adoptadas por la juventud marginal de nuestros días, incluso por sectores no marginales (repárese, por ejemplo, en la moda del color negro en la vestimenta y en los peinados poco convencionales).

La contracultura española desarrollada a lo largo de los años 70 se conoció con el nombre de *Rollo* (o *Rrollo*, como algunos de sus partidarios preferían escribir), y fue reencarnada en los 80 en lo que se dio en llamar “movida”. *El Rollo* nació al calor del rock, una música que, por su carácter desinhibitorio en lo sexual y, por tanto, revolucionario, pronto hizo de catalizador y aglutinante del movimiento de rebelión juvenil. El Rollo, y la contracultura por extensión, ha abarcado toda una serie de productos y actividades culturales como fanzines, emisiones de radio en FM, exposiciones y reuniones en bares “enrollados”, etc., todo lo cual ha servido de vehículo de expresión a las más variadas tribus urbanas. De ello hablaremos más adelante.

Muchos de los movimientos juveniles que han venido sucediéndose en las últimas décadas propiamente constituyen subculturas más que una contracultura, según la terminología al uso o la de los sociólogos anglosajones. Para Hall *et al* (1976) la contracultura, asociada principalmente al movimiento hippy de los 60, se caracteriza por asumir formas explícitas políticas e ideológicas en su oposición a la cultura dominante (acción política, filosofías coherentes, manifiestos, etc.), por la elaboración de instituciones alternativas (prensa marginal, comunas, cooperativas, etc.), por extenderse más allá de la adolescencia y, finalmente, por el oscurecimiento de las distinciones, rigurosamente mantenidas en la subcultura, entre trabajo, hogar familia, escuela y ocio. En la subcultura, por el contrario, la oposición es menos articulada, quedando reducida a formas simbólicas de resistencia.

Otros como Brake (1980:11) restan peso a tal diferenciación por entender que, aun pudiendo desarrollar normas de oposición contra las oficiales o establecidas, una subcultura no puede sobrevivir durante mucho tiempo si su existencia transcurre en confrontación permanente con la sociedad dominante.

En el caso español, como resultado del particular contexto histórico vivido en las últimas décadas, con la dictadura, la transición y cierto desencanto democrático, de aceptarse tales categorías presentarían unos límites más borrosos. Por un lado, la contracultura de los años 70 -el Rollo- a la luz de su homóloga americana tendría un carácter híbrido; por otro, buena parte de las subculturas que se han acercado a ella han tenido un sello particularmente crítico y contracultural, a pesar de su escaso interés por las formulaciones explícitas.

De todos modos lo que aquí interesa resaltar más que las diferencias son las coincidencias que han mantenido en su acción contra la cultura oficial y el modo en que esta comunión ideológica se ha plasmado lingüísticamente. Pero antes de estudiar las nuevas formas expresivas, conviene echar un vistazo a algunos medios o canales de los que éstas se han servido para su difusión y que han sido utilizados igualmente para la transmisión de nuevos valores. Ahora, al estudiar el fenómeno comunicativo en su conjunto, vamos a tomar como referencia no sólo la contracultura en su sentido originario y restringido, dentro de un contexto histórico muy definido –los sesenta y setenta– sino también en su sentido más amplio, en tanto que cultura alternativa contrapuesta a la cultura

dominante, a sabiendas de que más pronto o más tarde puede ser asimilada por la cultura oficial.

Medios de comunicación y contracultura

Sin duda, el desarrollo técnico y social de los años sesenta, y más aún en los setenta, vino acompañado por grandes avances en los medios de comunicación. En España es la época en que empieza a implantarse la TV, y la prensa y la radio conoce un espléndido desarrollo. Sin embargo no todos los medios han tenido el mismo papel difusor. Los medios audiovisuales, por su mayor impacto, están sujetos a un mayor control. La televisión, desde siempre ha sido el medio más oficial, y por ende, el más controlado, aunque la situación puede empezar a cambiar con la multiplicación de canales (de hecho en algunos ámbitos conservadores norteamericanos se han dejado oír quejas argumentando que son una vía de entrada de valores contraculturales al dar publicidad a temas proscritos, como el movimiento gay, etc.). Inclineda de por sí hacia una temática generalista, los espacios en que se presta atención a aspectos de la cultura juvenil son escasos, y aún más contados los que tratan temas alternativos (fanzines, comics, etc.), como se hace en el programa “La Mandrágora” de TVE 2. Ahora, cuando se les da cabida en algunos programas coloquiales, el medio televisivo se erige en una importante palanca propulsora de innovaciones lingüísticas.

Por lo que respecta al cine, de siempre atento a las demandas de un público mayoritario, tuvimos que esperar a finales de los sesenta y setenta para asistir a la aparición de un cine alternativo, en formato de 16 mm y super-8, aunque siempre minoritario y con pocos realizadores. Al final de esa época se remonta el nombre de Pedro Almodóvar, unos de los más significados agitadores de la movida madrileña, que apareció en la escena cinematográfica con *Pepy, Luci, Bom y otras chicas del montón* (1980), escrito bajo la influencia de la ideología punk y donde se exploran muchos de sus tópicos favoritos (drogas, violencia en el sexo, el estilo kitsch, etc.).

Al igual que la televisión y el cine, la radio española estuvo controlada por el aparato franquista durante la dictadura, pero conoció un notable avance cualitativo a finales de los sesenta. Es entonces cuando aparecen los primeros experimentos en emisoras de FM en Madrid y que vieron su éxito redoblado en los setenta, con una

programación dedicada especialmente a la música, pero también con informativos culturales, y en menor medida políticos y sociales. En cuanto a los programas musicales cabe destacar la decisiva colaboración de Gonzalo García Pelayo en Radio Popular, y la de críticos musicales como Jesús Ordovás en Radio España y Diego A. Manrique en Radio-3 (en el espacio “Canela-3”). Todos ellos traían las primeras noticias de interés mayormente juvenil de las músicas (sobre todo del rock) que se estaban cocinando fuera, y las realizadas por los jóvenes músicos en nuestro país, con influencia anglosajona o no.²

Siguiendo con los medios audiovisuales, obvio es decir que todos estos cambios culturales no tuvieron en esas épocas el concurso del moderno Internet. Pero conviene tener en cuenta que parte del desarrollo y aplicaciones que conocemos hoy se debe a que ha sido concebido como el medio más apto para una comunicación libre (a través de foros, comunicados, etc.), y como tal, bien aprovechado y potenciado en círculos libertarios, como apunta Manuel Castells. Su utilización gana cada día más adeptos y una mayor impronta, con la tendencia creciente de la juventud y las sociedades industrializadas en general hacia un consumo de ocio cada día más claustrofílico, es decir, más encerrado en espacios privados, lejos del ocio agorafílico del pasado, en palabras de Román Gubern.

Sin duda, han sido los medios de comunicación escrita el principal vehículo transmisor de valores contraculturales, cualquiera que sea el significado que demos al concepto de contracultura, y de un nuevo lenguaje. De hecho, la escritura es la herramienta utilizada por los precursores e inspiradores de la primitiva contracultura americana, los llamados *beats*. Los escritores de la *Beat Generation* como Burroughs, Ginsberg o Kerouac desarrollan una nueva expresión literaria donde las drogas, marihuana y LSD especialmente, destacan como un símbolo de protesta contra los valores preestablecidos de la sociedad capitalista. Y donde la misma expresión, los mismos textos, quedan sujetos a un flujo ininterrumpido con imágenes superpuestas, a resultas de las asociaciones libres producidas en el transcurso de esos ‘viajes’ interiores, alucinógenos, en los que se embarcan sus autores.

² Cf. Alvaro Feito, “Apuntes para una historia de la F.M.”, *Star*, nº 56, marzo 1980, 18-20.

Pero más que por la gran literatura, con mayúsculas, el movimiento underground se va a distinguir por el consumo de un tipo de comunicación menor por su tiraje, pero muy extendido entre su comunidad: la llamada prensa marginal, tanto en formato de revista, como en forma de cómics marginales (cómix) y fanzines.

La prensa de información general, al igual que la televisión y el cine, tienen pocos espacios relacionados con la cultura juvenil, de manera que la juventud interesada en temas marginales y contraculturales se ve obligada a crear y consumir sus propios medios. Características publicaciones del underground español de los sesenta y setenta fueron *Vibraciones* y *Disco Express*, de sello característicamente musical, *El Viejo Topo* y *Ajoblanco*, muy ideologizadas y con un marcado perfil antifranquista, y *Star*. Esta última es la más representativa, nacida con una clara voluntad contracultural y la que mejor supo captar los aires procedentes del underground americano. Entre sus secciones más emblemáticas figuran “Mosik”, “Comunicación” y “Letra impresa”, imprescindibles para conocer la realidad del momento.

Publicaciones posteriores como *MMM* (Madrid Me Mata) o *La Luna de Madrid* aparecidas en los años 80 y con las que se ha tratado de establecer un paralelismo, pero son más bien lúdicas, les falta el matiz beligerante y militante y por tanto la nota de radicalización que caracteriza al espíritu underground . (cf. Puig 1989:120-121)

Un lugar importante dentro de la prensa marginal lo ocupa el comic, que desde siempre ha estado anclado de una manera especial en la cultura de los jóvenes. Pese a constituir un género menor de literatura, o subliteratura, a caballo entre la palabra y la imagen, el cómic ha ejercido un notable influjo en la estética de todas las artes gráficas y, de otra parte, ha estado en el origen de todas las explosiones culturales de nuestro tiempo. En la memoria de muchos estará aún el papel desempeñado por los dibujantes de cómics en el nacimiento de la contracultura del rollo madrileño en los años 70, en particular el del grupo denominado “La Cascorro Factory”, formado por Ceesepe, Nazario, El Hortelano, etc.

También en Estados Unidos en la cultura hippie de San Francisco de los años sesenta apareció un género de tiras cómicas y libros de comics conocido con el nombre de “head comics” (en argot *head* significa ‘usuario de drogas’ y ‘enrollado’) que dieron cabida a viñetas subversivas y humorísticas de artistas como Robert Crumb y proporcionaron un vehículo importante para las ideas del underground. Lo cual tiene su

importancia pues en los países anglosajones, sobre todo en Gran Bretaña, los libros de cómics no han contado con un gran reclamo, fuera de un público adolescente, por considerar que el que lee comics es un retrasado. Por el contrario, en Francia la *bande dessinée* desde los años 70 ha sido utilizada como un medio para la ciencia ficción semi-seria y extensa (cf. Thorne 1993:100).

En España, los cómics marginales se publican como parte integrante de publicaciones juveniles alternativas, entre las que cabría distinguir las revistas marginales, como la barcelonesa *Star* que he mencionado, pero también aparecen de forma separada. Éstos conocieron un gran desarrollo en los ochenta y de ello son testigo nombres como *El Víbora*, *Rambla* y *Makoki*, cuyas historias reflejan las vivencias de sectores de la juventud más marginal (pasotas, anarcos, drogatas, etc.) al dar entrada a temas relacionados con la droga, el sexo, la delincuencia y el rock, característicos de los movimientos contraculturales juveniles. Se adscriben a la llamada “historieta marginal o lumpen”, siguiendo una línea de realismo social, satírico y crítico con la cultura oficial en la que el lenguaje extremadamente coloquial y argótico empleado sirve para reconocer a sus protagonistas, buscando así la complicidad del lector. (cf. Herrero 1989:179-181)

En los setenta y ochenta se desarrolla un tipo de revistas alternativas conocida con el nombre de *fanzines*, contracción del inglés *magazine* (esto es, revista) para *fans* o aficionados, originalmente y mayormente musicales, pero con interés por los más diversos temas (ecología, ciencia ficción, okupas, etc.). Como el mismo nombre parece indicar, aparecieron por primera vez en Estados Unidos e Inglaterra, y ello ocurrió a mediados de los setenta al calor del movimiento punk. Aprovechándose del bajo coste de las fotocopias los entusiastas de este estilo se lanzaron a la producción de revistas confeccionadas en casa que distribuían con ocasión de cualquier evento musical y en librerías y tiendas de discos independientes en consonancia con su filosofía de “hazlo tú mismo” y su afán proselitista. Uno de los ejemplos más significativos fue precisamente *Punk*, publicado en EE.UU. a principios de 1976. (Thorne 1993:75) Tan sólo un año más tarde ya se publican los primeros fanzines en España (cf. Puig 1989), pero el gran boom de los fanzines musicales se produce en los ochenta, en los años de la “movida”.

Al igual que las grabaciones independientes, nacidas al margen de la industria discográfica, los fanzines se ocupan de temas que no suelen ser objeto de atención por

parte de la prensa musical convencional y cuentan con una distribución muy diferente, más limitada y fuera de los circuitos comerciales (a través de bares, librerías especializadas, pedidos en apartados de correos, etc.), como corresponde a su particular edición (la audiencia puede participar fácilmente en ella, cualquiera puede escribir un fanzine). Se entiende así la presentación modesta con que normalmente aparecen, el feísmo en su diseño, la violación de las normas ortográficas y tipográficas, así como otros como la mayor subjetividad a la que por definición propenden sus autores y, para algunos algo discutible, la pobreza de sus contenidos.

Inicialmente ha sido así, pero hoy también existen fanzines más presentables, casi profesionales, dada la facilidades que ofrecen los programas de ordenador para maquetar con eficacia, e incluso existen fanzines colgados en la red (“webzines”) que no utilizan el formato papel (Quig 2002:102)

Lenguaje y contracultura: de la lengua estándar al antilenguaje juvenil³

Las hablas de grupo de carácter juvenil, como el *cheli* y las de otras subculturas, se caracterizan por la acepción de ciertas formas subestándar como medio de distinguirse de la lengua estándar hablada por la gente “normal”, de la misma manera que adoptan gestos, modos y modales diferentes. Si los pasotas o cualquier grupo con un espíritu contracultural configuran, a pequeña escala, una contrasociedad o antisociedad, está claro que les será necesario poseer un medio de expresión acorde, un antilenguaje (Halliday 1978:164) que connote sus propios valores, el cual les sirve de mecanismo de defensa y al mismo tiempo de señal de identidad. Con ese propósito crean palabras nuevas, las deforman o dan nuevas acepciones a las ya existentes, o bien las toman directamente de sociolectos marginales o lenguas extranjeras. Las diferencias afectan principalmente a la morfología y al léxico, y en menor medida a la sintaxis y la fonética. Su diferenciación con respecto a la lengua estándar estriba más que en el significado -los referentes son los mismos- en el

³ Para una versión más amplia de algunos de los aspectos tratados en este apartado puede consultarse Rodríguez (2002).

significante, lo que da al significado un valor claramente connotativo, las más de las veces peyorativo.

Lo primero que se ve inducida a cambiar una subcultura es el vocabulario, pero sólo en ciertas áreas que son centrales a su actividad. Así, la mayoría de los movimientos juveniles en mayor o menor medida disponen de un argot referente a temas como las drogas, el sexo y la música, que constituyen sus principales formas de evasión. Pero el argot también bebe del mundo de la delincuencia, la prostitución y la cárcel, tan cercanos a la juventud marginal, dadas las estrechas relaciones que ligan a estos ambientes con el fenómeno de la drogadicción.

En todos estos campos se crean palabras nuevas para viejos conceptos, o para decirlo en términos de Halliday (1978:165), se produce no sólo una “relexicalización” sino también una “sobrelexicalización”, dado que determinados conceptos clave, los más queridos o los más obsesivos, generan con frecuencia numerosos sinónimos. Así, el cigarro de hachís o marihuana, el popular *porro*, se ha venido llamando a la vez *cacharro*, *trompeta*, *canuto*, *varillo*, *cono*, *tipín*, *flai*, *mai*, *peta*, *quiqui*, *yoi* (o *yoin*); la misma marihuana se conoce indistintamente como *yerba*, *rama*, *mata*, *maría*. El secreto por un lado, y, por otro, el deseo de mostrarse vivaz e ingenioso en una especie de juego verbal, hace que el campo onomasiológico se amplíe considerablemente, con un fluir de voces que se renuevan constantemente.

A pesar del carácter extremadamente efímero que acompaña a la mayoría de estas expresiones, lo normal es que varias de ellas permanezcan por un tiempo en el uso de las diversas subculturas. La elección de una variante entre varias en un momento dado, la estándar *droga* o las jergales *flora*, *madre*, *mierda*, *vicio*, pongamos por caso, puede reflejar el estado de ánimo del hablante, su visión del mundo, etc. Pero al mismo tiempo puede indicar la pertenencia a un grupo sociocultural distinto, ya que no pocas veces los movimientos juveniles, por un afán de identificarse y de diferenciarse unos de otros, favorecen el uso de una determinada variante.

Recursos expresivos

Los medios de que se sirve el antilenguaje característico de los sociolectos juveniles para dotarse de expresividad son muy diversos, pero pueden reducirse básicamente a cuatro: cambio de significante, cambio semántico, cambio de código y cambio de registro (o

estilo). A efectos prácticos, me referiré a ellos mnemotécnicamente con el sobrenombre de las “cuatro c”.

1. Cambio de significante

Truncamientos

Un fenómeno léxico característico del habla juvenil y marginal es un tipo de acortamiento de palabras diferente del usual. Tradicionalmente nos hemos encontrado en el léxico general con truncamientos del tipo *depre* (depresión), *foto* (fotografía), *mani* (manifestación), *progre* (progresista), etc., caracterizados por su carácter bisílabo y por preservar intacto el segmento acortado. Pero al lado de éstos, en los ambientes juveniles se practican segmentaciones de palabras como *estupa* ‘brigada especial de estupefacientes’, *manifa*, ‘manifestación’, *masoca* ‘masoquista’, *munipa* ‘guardia municipal’, que son trisilábicos y exhiben un cambio en la forma fónica acortada, que pasa a terminar frecuentemente en *-a*. Este cambio de patrón abreviativo, con precedentes ya en la germanía (*forasta* (forastero), *foraja* (forajido), etc.), confiere a estos vocablos un matiz expresivo muy singular. (cf. Casado 2002:59-60)

Sufijación “parasitaria”

Una de las características más sobresalientes de la derivación por sufijación es su función transcategorizadora, que posibilita el cambio de categoría o subcategoría gramatical del vocablo sujeto a este proceso (por ej. *porrero*, ‘persona que fuma porros’). En el ámbito juvenil y marginal, sin embargo, con frecuencia encontramos sufijos con una función marcadamente connotativa, entre ellos *-ata*, *-eta*, *-ota*, *-aca*, lo que se pone de manifiesto especialmente cuando reemplazan a otros en palabras equivalentes en el plano denotativo y suficientemente establecidas (*camarata* < camarero, *privata* < priva), *sociata* < socialista; *curreta* < currante, *porreta* < porrero; *drogota* < drogadicto; *mensaca* < mensajero). Funcionalmente poseen la misma expresividad, y esta diferencia expresiva con respecto a las palabras estándar, a mi

modo de ver, viene reforzada por el sonido cacofónico de todos ellos y el aire germanesco que rezuman.

Casado Velarde dedicó un pequeño estudio monográfico al sufijo *-ata* en múltiples nombres, y a otros sufijos de parecida funcionalidad, pero la irradiación del fenómeno es tal que posteriormente ha alcanzado por igual a formaciones deadjetivales: *conservata* (conservador), *margineta* (marginal), *vasqueta* (vasco).

Deformaciones y sustituciones

El significante puede verse modificado en su configuración de varias maneras, aparte de la constituida por la sufijación parasitaria a que acabo de referirme.

Muy similar a ésta es la que se deriva de la sustitución de un morfema o segmento por otro de análoga función pero inaceptable para la raíz del lexema. El resultado es un vocablo perfectamente configurado de acuerdo con las leyes de la analogía y la lógica pero que no ha sido respaldado por la doctrina del uso, lo cual produce una patente hilaridad.

Y esto es una provocación. O los encierran a todos o legalizan la *aborción* (*Star*, 53, pág. 76)

...ruego perdonen los *leyentes* de *Star* el precio, pero no tengo una puta peseta (*Star*, 31, pág. 39).

Cagüen la puta! donde va el *innormal* de los cojones (*Makoki*, 4, 1983, pág. 10).

La modificación más extrema consiste en la inversión silábica de una palabra, fenómeno conocido en español como “vesre” (por inversión del orden de las sílabas de *revés*). Fuera del lunfardo argentino, su presencia en el argot español es poco significativa, al contrario de lo que sucede en el *verlan* (< l’ envers) francés y el *back slang* inglés. En el ámbito juvenil existen creaciones claramente humorísticas, como *bronca* (cabrón), *monja* (jamón), *grone* (negro) muy diferentes en cuanto a su motivación de otras utilizadas en ámbitos más marginales, como el de la drogadicción, donde prima a todas luces el afán críptico, de ocultación del significado (como *mogra* por ‘gramo’).

Mención aparte merecen algunos juegos abreviativos que se manifiestan en cruces léxicos y siglas. En el primer caso la sustitución de un morfema resulta del intento de cruzar dos vocablos o expresiones con un fin igualmente lúdico, como en *efectiviwonder*

(efectivamente), donde se evoca al músico Steve Wonder. Y la droga *éxtasis* es evocada en la frase rimada de una canción juvenil: “*Esta sí esta no, esta me la como yo*”.

En el lenguaje callejero de la droga, la sigla MDMA se transforma en *madama*, con referencia erótica y a la que se ha dado pues una lectura “acróstica”, y MDA en *mama*.

Igualmente lúdico resulta el fenómeno contrario, por escritura de algunas palabras en forma de siglas o iniciales. Como botón de muestra puede citarse el nombre del grupo musical Ska-P (escape); en La Laguna, un bar de ambiente homosexual en la zona de ocio nocturno recorrida por los jóvenes lleva el ingenioso nombre de PK2 (pecados), y cerca de él hay otro con el rótulo de BB+ (bebe más).

Ortografía hipercaracterizada

Un fenómeno ortográfico muy singular en español es la sustitución cada día más frecuente de la *c* por la *k*, singular porque ésta no es propia del sistema grafemático del español. Tal sustitución suele tener unas connotaciones de tipo radical, anarquista y, en el contexto de rebeldía e inconformismo del soldado que era obligado a cumplir el servicio militar, antimilitarista. Así se explica que en la lengua escrita (encuestas, *graffiti*), al paracaidista se le denomine *paraka*, al comandante *comandaka*, y la frecuente consigna “me queda poca mili” fuera dada en su forma elíptica, *poka*; asimismo, en los años 80 una organización antimilitarista fue conocida con el nombre de *Mili-KK*.

Con anterioridad, en un relato de la emblemática revista marginal *Star* (nº 26, 1976, 11) se documenta la forma *trunkar* y un personaje lleva el nombre de Tronky. Esta misma connotación subyace en la escritura de *Amerika*, empleada en diferentes ámbitos contraculturales. Y en el nombre *Valle Kas* aparecido hace unos años en pintadas murales madrileñas en un contexto de denuncia sobre el estado de este barrio (Valle Kas Nuestro, Metro a Valle Kas). Aún más importante es el hecho de que algunas palabras con esta grafía terminan adquiriendo carta de ciudadanía léxica, como *okupa*, *bakalaero*. En *Historias de Kronen* y *Ciudad rayada*, José Ángel Mañas utiliza la *k* profusamente, como parte de una ortografía subversiva de influencia punk..

Asociado este estilismo gráfico con lo juvenil y lo contracultural, no es extraño que aparezca también en la onomástica de ciertos establecimientos de ocio (bares, pubs, etc.) frecuentados por gente joven. Así, en Alicante, uno se cruza al pasear por la calle con nombres como *Krisis*, *La taska roja*, *E-skape*, etc.

2. Cambio semántico

Un recurso lexicogenésico muy propio de todo argot, y de todo antilenguaje, es la transferencia semántica, especialmente de tipo metafórico. No en vano, como observa Halliday (1978:175), la antisociedad es en su estructura una metáfora de la sociedad, de la misma manera que el antilenguaje es una metáfora de la lengua.

Si nos fijamos en términos marginales como los pertenecientes al léxico de la droga antes mencionados, observaremos que la mayoría de ellos han sido objeto de una transposición semántica, de una metáfora. Por su naturaleza estos términos reflejan la tensión que opone a la antisociedad con la sociedad establecida. Se trata de conceptos tabuizados por el establishment y que sin embargo los distintos grupos marginales “*re-nombran*” con palabras inofensivas de la comunicación ordinaria extrayéndolas de sus contextos habituales, una observación que no escapó a Marcuse (1969:41) a propósito de las palabras típicas de la contracultura hippy de los años 60, tales como *acid* ‘ácido’ (= LSD), *trip* ‘viaje’ (= dosis y efectos del LSD), *grass* ‘hierba’ (= marihuana).

Desde una perspectiva semiótica esta *re-contextualización* de ítems léxicos no es muy diferente en su significado de la apropiación simbólica de objetos corrientes (flores, imperdibles, etc.) por parte de hippies y punks, respectivamente. Dicha transferencia de significado supone una ruptura con el universo lingüístico de la sociedad constituida, como efecto de una nueva sensibilidad que impele a construir un nuevo lenguaje para definir y comunicar sus nuevos valores. Las palabras -o los objetos- elegidas son ordinarias de acuerdo con el plan general de una desublimación de la cultura, que para los jóvenes más radicalizados es un aspecto vital de la liberación.

La desublimación del lenguaje no se para en las palabras ordinarias sino que desciende hasta lo escatológico, como en el caso de *caca* ‘droga’ y *mierda* ‘hachís’. El caso extremo de ruptura con el lenguaje establecido se obtiene por inversión del significado natural de las palabras, fenómeno que se conoce con el nombre de “antífrasis”.

Piénsese por ejemplo en lo provocativo de llamar *posada* o *jardín* a la cárcel en la lengua marginal, o el *Palace*, famoso hotel de Madrid, para referirse a la no menos famosa cárcel de Carabanchel.

Conviene subrayar además el carácter rupturista y subversivo de la filosofía que impregna el sentido de algunas de las metáforas. Parte de ellas enseguida llaman la atención por acudir a referentes propios del reino vegetal (*rama, mata, flora, algodón, seta, perejil, lirio* son nombres de distintos tipos de droga) y animal (*camello* ‘traficante de droga’, *caballo* y *burro* ‘heroína’ *mono* y *pavo* ‘síndrome de abstinencia’). Otras como *madre* y *maná*, revelan una especie de sacralización y humanización de lo prohibido; para Umbral (1983:38) la marihuana o *maría* tiene algo de dulce, hospitalario, inocuamente ensoñador, sedante, y más o menos estas mismas connotaciones femeninas podrían aplicarse a *madre* ‘droga’.

La droga a menudo va asociada con otras actividades o inquietudes del mundo marginal y juvenil, como la música y el sexo. Las tres forman una trilogía bien asentada y de ello da buena muestra el lenguaje en el que cabe observar una serie de metáforas comunes o interrelacionadas. La música y la droga se aúnan en *casete* y *estéreo*, que aparte de denotar dos instrumentos musicales se emplean para designar distintas cantidades de hachís (uno y dos kilos respectivamente). *Pink floyd*, nombre de un conjunto musical es una variedad de LSD, con connotaciones, pues, muy agradables; pero también designa el pinchazo, esto es, la inyección de heroína u otra droga.

Las referencias al sexo/amor y la droga son aún más extensas y llaman enseguida la atención: *picadero* es el sitio donde se ‘pica’ el drogadicto y el ‘piso de soltero’; un *kiki* es un ‘acto sexual’ y un ‘porro’; *cuelgue* es el ‘estado de alelamiento’ producido por la droga, pero también significa ‘enamoramiento’; igualmente, *estar pillado* ‘estar drogado’ se ha extendido al habla coloquial con el significado de ‘estar enamorado’; entre los jóvenes *pillar cacho* significa ‘ligar con éxito’, pero también los drogatas lo emplean para referirse al acto de ‘pillar’ (= conseguir) droga. Tales correspondencias no son casuales, el que haya un fluido trasvase de términos de un campo semántico a otro nos hace pensar en los fuertes vínculos entre dos mundos relacionados con la marginación, como son la droga y la prostitución.

Como algunos de estos ejemplos dejan entrever, la fuerza expansiva del léxico de la droga es tal que muchas de sus voces extienden sus significados en múltiples direcciones

y pasan al lenguaje coloquial, rebasando así el propio ámbito en que se originaron. *Muerto* por ejemplo, que lo toma el drogata de una enfermedad caballar para expresar uno de sus malestares, lo devuelve a la conversación ordinaria con el sentido de ‘depresión, aburrimiento’, y de ahí el sentido se extiende para significar tanto ‘individuo aburrido, soso’, como ‘situación o asunto enojoso, pesado o aburrido’. Igualmente *pasarse* (en un viaje) se transformó en ‘excederse en lo que uno hace o dice’, y lo mismo ocurre con los sustantivos *pasada* ‘acción inmoderada, exceso o exageración’ y *pasote* ‘exceso, exageración’.

3. Cambio de código

Además de a sus propias metáforas y extensiones de significado, en su búsqueda de expresividad el joven acude a palabras y expresiones ya existentes, procedentes de sociolectos con un código distinto al suyo, lo que le proporcionan un cierto aire exótico.

Términos provenientes de sociolectos marginales

En primer lugar, términos provenientes de *sociolectos marginales*, es decir de hablas de grupos sociales tenidos como marginados, tales como gitanos, mercheros (o quinquis), delincuentes, prostitutas, chaperos (homosexuales prostituidos), vagabundos, en suma de cuantos llevan la marca del estigma social.

De todos los sociolectos marginales, probablemente el que mayor aportación ha supuesto al lenguaje pasota de los años 70-80 y a la lengua juvenil de hoy ha sido el lenguaje del hampa o la delincuencia, cuya influencia en el léxico común ha sido una constante en todas las épocas. La influencia es tanto mayor en una sociedad con un alto índice de delincuencia como la actual, y con unos medios de comunicación que sacan a la superficie las formas de vida y el léxico de la comunidad delincuente, consiguiendo una amplia y rápida difusión.

Para la juventud marginal, delincuente ella misma no pocas veces, nada resulta más natural que tomar en préstamo voces provenientes de la jerga de los delincuentes de hoy y tiempos pasados. Los orígenes de muchos de sus términos datan de muy antiguo. Basta

echar una ojeada al diccionario de Besses (1905) para descubrir un buen número de voces jergales del siglo pasado que nos han llegado hasta hoy, unas veces intactas y otras con ligeras o grandes modificaciones de sentido. Es más, algunas de estas voces formaban parte de la antigua germanía de los siglos XVI y XVII, como se desprende del estudio realizado por Alonso Hernández (1976) donde aparecen citadas *afanar* ‘ganar dinero’, *calco* ‘zapato’, *de mogollón* (‘gratis a cuenta de alguien’, sentido que luego cambiaría por el de ‘confusión’), *parné* ‘dinero’, *trena*, con el significado de soga (hoy ‘cárcel’), entre otras.

Extranjerismos

El exotismo como mecanismo de expresividad puede llegarle al argot desde fuera de su comunidad idiomática por vía de los *extranjerismos*. En el presente siglo, y de una manera acusada en los últimos decenios, los préstamos de origen foráneo tienen un color predominantemente anglicista debido a la irresistible influencia tecnológica, cultural y política del mundo anglosajón, con los Estados Unidos a la cabeza. A primera vista, nada más incongruente con el estilo de la contracultura que la importación en español de voces inglesas, dadas las resonancias político-derechistas que esta acción comportó, especialmente en tiempos de la dictadura franquista, durante años apoyada o tolerada por la administración norteamericana. Así se explica por ejemplo que en los años 60 y principios de los 70, en los tiempos de la canción protesta, los cantautores españoles, conectando con el sentir de la juventud universitaria más radicalizada, prefirieran la letra en su idioma, a pesar de que la moda de lo inglés había invadido también el terreno musical.

Pero esto es un caso aislado y transitorio. A la larga, sin embargo, el inglés tendrá un trato de favor en las distintas subculturas pues al lado de esas connivencias en la política oficial hay que considerar la influencia del underground americano en la cultura juvenil, que se manifiesta a través de la droga, el rock y los cómics.

El léxico de la droga hace abundante uso de anglicismos. El carácter extranjero se hace patente en *espit*, *trip*, *torki* y *monki*, etc.; o bien se oculta a través de adaptaciones morfológicas (*torqui*, *monqui*, alógrafos de los anteriores; *tripi*; *yoe*, *yoin*, del inglés *joint* ‘porro’), lo cual suele ocurrir preferentemente con los derivados, como es el caso de *speed*

o *espit* (*espitar*, *espitoso* ‘marchoso’) y *trip* (*tripante*, *triposo*). Aún menos observable se hace en los calcos o traducciones: *viaje* (< *trip*), *estar alto* (< *to be high*), *estar enganchado* (< *to be hooked*), etc.

El rock es un vehículo aún más importante de penetración del inglés en el lenguaje juvenil si se tiene en cuenta que a través de esta música ha llegado hasta los estratos más bajos de la sociedad (macarras, punkis), que son precisamente sus mayores consumidores. En esto, sin duda, se vio apoyado por la necesidad que los grupos de “punk rock” han tenido de servirse de letra inglesa para alcanzar los efectos rítmicos deseados, dada la dificultad de componer en nuestro idioma.

En relación con el rock, y el pop en general, hay que señalar, por otro lado, la cobertura que a diario se da a estos y otros estilos en las revistas musicales especializadas que han ido apareciendo en el mercado desde los años 70 (*Vibraciones*, *Popular 1*, *Rock Especial*, *Rock De Luz*, *Ruta 66*, etc.) y en cuyos textos se da entrada a un aluvión de anglicismos.

Por último destacaré el papel desempeñado por los cómics y las revistas marginales, surgidos en nuestro país en los albores de los años setenta por inspiración directa de modelos norteamericanos. Una rápida ojeada a revistas como la otrora emblemática *Star* enseguida nos hace ver la propagación de las voces inglesas, lo cual en parte se debe a la extensión que en ellas ocuparon los temas musicales y la droga, tan estrechamente ligados a lo inglés, como acabamos de ver, y que en muchos casos fueron redactados por jóvenes que viajaban al otro continente en busca de nuevas experiencias alternativas.

4. Cambio de registro

Lo que unía a todas las hablas marginales era, como ha quedado dicho, el estigma social que su uso comporta, frente al prestigio de la lengua estándar. Lejos de seguir el modelo de ésta en su actuación lingüística, el joven de la contracultura selecciona sistemáticamente las formas que se apartan de la norma, especialmente las más estigmatizadas. Por eso en el lenguaje ordinario, cuando no se sirve de voces asociadas a un sociolecto marginal, busca dentro de su propio repertorio léxico vulgarismos y, en general, todas aquellas palabras o expresiones informales y de connotación baja, portadoras en sí mismas de expresividad. En

lugar de *pesetas*, por ejemplo, emplearía –hasta la entrada del euro- *púas*, *castañas*, *pelas*, y para decir que uno tiene mucho atrevimiento o mucha cara, *jeta*, puede usar la expresión *tener morro*, de bajos efectos connotativos. En esta selección no sólo huye del eufemismo sino que busca intencionadamente, cuando ha lugar, el disfemismo, y cualquier palabra que contribuya a dar un tono peyorativo y humorístico al discurso, como reacción frente a la solemnidad, rigidez, y a veces pedantería, de que adolece con frecuencia el lenguaje oficial, en especial el de la prensa diaria.

El camino que conduce del eufemismo al disfemismo se inscribe en un contexto social y político muy particular, que le ha sido favorable. Aunque el proceso venía larvándose en los años sesenta, alcanzó su mayor virulencia en la década de los setenta coincidiendo con el final del franquismo. Por esos años, una actitud fuertemente crítica, iconoclasta, desmitificadora, se apoderó de la cultura española. A su lado una oleada de vulgaridad creciente invadió nuestra vida diaria pues la reacción contra los cánones políticos vigentes llevó pronto a la juventud, trabajadora o universitaria, a identificar autoritarismo con mayor refinamiento, sistema dictatorial y buenas formas, como recordó el *ABC* en uno de sus editoriales.

En este contexto se entiende el fenómeno de la devaluación lingüística que afectó a los tratamientos (*pibe*, *tronco*, *cheli*, *titi*, etc.) y al mismo estilo narrativo. Así, en su afán de llamar al pan, pan y al vino, vino, se utilizan con la mayor naturalidad expresiones como *estar preñada*, *parir*, etc.; pero además, con un carácter intensificador, enfático, palabras malsonantes del tipo *cojonudo*, *de puta madre*, etc.

La búsqueda de efectos peyorativos no termina con las palabras tabuizadas o fuertemente argóticas, puede llegar hasta los conceptos más inocentes donde el argot ni siquiera cuenta con variantes informales establecidas, ante lo cual se recurre a veces a distorsiones de sentido muy notorias. Así, en los textos marginales para indicar que el tema está muy tratado, alguien dice “el tema ya está muy *sobado*” (*Star*, 37, pág. 46), y para comunicar donde viven o donde tienen su casa, algunos emplean expresiones como “Mi *chabolilla* está en...”, “Llama al teléfono... o escribe, *vegeto* en...” (*id.*, pág. 33). De todas formas hay en estos casos un rebajamiento del nivel de estilo empleado, que se hace más informal conforme a una pauta que es general en el argot.

La fraseología utilizada en estas revistas marginales también llama la atención al descubrir, al lado de modismos y expresiones del habla común, otras muy peculiares y

peregrinas a las que no falta viveza y cierta gracia. Entre las más pintorescas figuran las siguientes: “estamos dando más vueltas que un maricón en el rocío” (*Makoki*, 16, 1983, pág. 12), “molas menos que un percebe en una bañera” (*Star*, 56, pág. 7), “asusta más que una prueba de embarazo positiva” (Maikel 1994:146).

Finalmente, y en la misma línea de desviación lexical, cabe señalar los peculiares nombres propios creados para dar título a publicaciones, librerías, bares, grupos musicales, etc. con una clientela juvenil. Los fanzines y revistas alternativas desde su aparición en los años setenta se caracterizaron, efectivamente, por llevar nombres muy peregrinos y sugestivos, nada extraño a la vista del feísmo que preside su diseño y el público a quien iban dirigidos. Especialmente llamativos son los de *Las Albóndigas pertinaces*, *La puta Loly*, *Kaka de Luxe*, *Bazofia*, *El polvorón polvoriento* (subtitulado: *El comix para leer en el WC*), etc.

Dentro de la onomástica juvenil merecen especial mención los grupos musicales del momento. Aunque no faltan algunos nombres tradicionales, en general son muy extraños y sugerentes y evocan el mundo de la marginación, la violencia y la contestación. Cualquier aficionado o simple curioso se sorprenderá o desternillará de risa al encontrarse con grupos denominados *Cromosomas Salvajes*, *Carne de Psiquiátrico*, *Descontrol*, *Llamando a Base*, *Melopea Intensiva*, *La propiedad es un robo*, *Extrema Cordialidad*, *Homicida*, *Inadaptados*. Algunos llevan en sus títulos palabras especialmente malsonantes e irreverentes por su contenido sexual: *La Polla Records*, *Semen up*, *Ramoncín & WC*, *Masturbadores Mongólicos*, *Matrona Impúdica*, *Sex Museum*, *Cicatriz en la Matriz*.

Esta onomástica tan peculiar en todo lo que rodea a la música no es un fenómeno original en nuestro país. Desde los años sesenta, muchos grupos españoles han venido imitando los estilos provenientes de Inglaterra y Estados Unidos, y esta influencia no se circunscribe sólo a la música y a sus letras, también alcanza a los títulos de los grupos y sus canciones, que con frecuencia rezuman una ideología contracultural y un tono irreverente y agresivo. La tendencia se puso de especial manifiesto en los años 70 con grupos rockeros, en su mayoría punk, tan llamativos como *Vice-Squad*, *Bad Manners*, *Misfits*, *The Mad*, *The Exploited*, *The Worst*, *Corrosion of Conformity*, *The Iconoclast*, *Wasted Youth*. Se representan, pues, como locos, inadaptados, maleducados, viciosos, marginados, la escoria de la sociedad. El mismo nombre *punk* (lit. ‘mierda’), o los de otros estilos como *funk* (originariamente ‘maloliente’) parecen formar parte de una lengua

especial de fantasía y alienación en la que los valores están invertidos y lo terrible se describe como excelente (cf. Hebdige 1984:162)

Reflexión final

A muchas de las subculturas juveniles, especialmente las más marginales, les anima una intención contracultural, rechazan el sistema y para subvertirlo redefinen el universo lingüístico establecido desfigurando sus códigos, lo que para Barthes es la mejor de las subversiones. En el léxico, esta voluntad transgresora se manifiesta principalmente de dos maneras: deformando el significante, por mutilación o alteración de su morfología; o estableciendo una nueva relación entre significante y significado, lo cual se traduce en una enorme polisemia que depara nuevos o inevitables “ruidos” al acto de la comunicación, especialmente al receptor adulto o extraño al grupo cuya confusión en parte se pretende.

Sus unidades léxicas más características destacan por el énfasis en lo connotativo y con frecuencia asumen un carácter humorístico y peyorativo. A ello se llega a través de significantes que encierran en sí mismos expresividad, como una cualidad inherente, lo cual les hace fácilmente distinguibles y objetopreciado de las recopilaciones de argot; pero la valoración expresiva puede ser también circunstancial y depender enteramente del contexto.

Por lo general, los rasgos lingüísticos que definen la intencionalidad agresiva e informal de los sociolectos juveniles son reconocibles igualmente en el lenguaje popular, pero lo que diferencia a aquéllos, especialmente los de carácter más marginal y contracultural, es una mayor presencia y sistematicidad, y, además, una coherencia en la elección de significados desvirtuados de la realidad, en virtud de la cual adquieren el distintivo de antilenguaje.

El tono rabiosamente peyorativo que impregna las connotaciones del léxico marginal y juvenil guarda estrecha relación con la época especialmente crítica que le ha tocado vivir a la juventud de los últimos lustros. Hasta el lenguaje “pijo” de estos últimos años a menudo exhibe similares características.

A pesar de las reacciones críticas que suscitaron en su día entre los puristas, dichos lenguajes se han erigido en fuente de creación lingüística que ha contribuido a dinamizar el

habla coloquial sin distinción de edades. ¿Quién no ha utilizado o no recuerda haber oído alguna vez palabras tan expresivas como *movida*, *muermo*, *alucinar*, pertenecientes en su origen al léxico de la droga, u otras como *bocata* (bocadillo), *cubata* (cubalibre), *taco* (año), *kilo* (millón de pesetas)? Este trasvase de voces de los sociolectos juveniles al lenguaje popular se ha producido en una época en que la juventud está de moda y a diario se convierte en noticia en unos medios de comunicación muy desarrollados y siempre ávidos y dispuestos a proyectar su imagen, un hecho que desde luego no ocurrió en tiempos más remotos.

Referencias bibliográficas

- Alonso Hernández, José Luis (1976): *Léxico del marginalismo del Siglo de Oro*. Universidad de Salamanca.
- Besses, Luis (1905): *Diccionario de argot español*. Barcelona: Sucesores de Manuel Soler.
- Casado Velarde, Manuel (2002): “Aspectos morfológicos y semánticos del lenguaje juvenil”, en Rodríguez, F.(ed.), *El lenguaje de los jóvenes*. Barcelona: Ariel, 57-96.
- Hall, S. *et al.* (1976): “Subculture, Culture and Class”, en S. Hall *et al.* (eds.), *Resistance Through Rituals*. Hutchinson.
- Halliday, M.A.K. (1978): *Language as social semiotic*. Londres: Arnold.
- Hebdige, Dick (1984 [1974]): *Subculture. The meaning of style*. Londres: Methuen.
- Herrero Moreno, (1989): “El coloquio juvenil en los cómics marginales”, en Rodríguez, F. (ed.), *Comunicación y lenguaje juvenil*. Madrid: Fundamentos, 179-201.
- Maikel [Miguel Ángel García Laparra] (1994): *La mili que te parió. Tratado práctico del escaqueo*. Madrid: Temas de Hoy.
- Marcuse, Herbert (1969): *An Essay on Liberation*. Penguin.
- Puig, Quim (1989): Puig, Quim (1989): “El ‘fandom’ como estilo de vida (Fanzines españoles 1977-1987), en Rodríguez, F. *Comunicación y lenguaje juvenil*. Madrid: Fundamentos, 117-133.
- . (2002): “El fandom como estilo de vida: fanzines españoles (1976-2000), en Rodríguez F. *Cultura y comunicación juvenil*. Barcelona: Ariel, 93-108.
- Ordovás, Jesús (1977): *De qué va el Rrollo*. Madrid: Ediciones de la Piqueta.

- Racionero, L. (1980 [1977]): *Filosofías del underground*, 2ª ed.. Barcelona: Anagrama.
- Rodríguez González, Félix (2002): “Lenguaje y contracultura juvenil. Anatomía de una generación”, en *El lenguaje de los jóvenes*. Barcelona: Ariel, 29-56.
- Thorne, Tony (1993): *Fads, fashions and cults*. Londres: Bloomsbury.
- Umbral, Francisco (1983): *Diccionario cheli*. Barcelona: Grijalbo.
- Vigara, Ana Mª (2002): “Cultura y estilo de los ‘niños bien’: radiografía del lenguaje pijo”, en Rodríguez, Félix. *El lenguaje de los jóvenes*. Barcelona: Ariel, 195-142.